

PASADO, PRESENTE Y... ¿QUÉ FUTURO?

Acto I: Un pasado que recurre en demasía al victimismo, las diferencias y las identidades

Octubre 2017

Montserrat Tura, una de las primeras dirigentes del PSC que saltó de ese partido al independentismo tras haber sido siete años consejera de la **Generalitat** con **Maragall y Montilla**, se arma de indignación con “**quienes impidieron una solución**”, refiriéndose a la sentencia del **Tribunal Constitucional** sobre el **Estatuto de Autonomía para Cataluña** de 2006, sentencia emitida cuatro años después y de la que culpa, en plan salomónico, al PP, a CiU (el ahora PDemCat) y a los miembros del TC, sin nombrarlos, por el recorte sufrido por el Estatut, lo que impidió, según ella, “**arreglar esto para 25 años**”.

Dice, además, que “**yo iré a votar... para que el Estado vea que este deseo de libertad es real**”. Me parece que hay que estar muy ciega para no ver que ella y los que piensan como ella cuentan con toda la libertad del mundo en **España** y en **Cataluña**, precisamente el territorio donde, sistemáticamente, el nacionalismo omnipresente ha despojado de la suya a más de la mitad de la población, tema que ejemplificaré en el segundo de los artículos de esta serie.

Lo de “**arreglar esto para 25 años**” era, como poco, un deseo más, porque una buena parte de los nacionalistas, con ERC a la cabeza, no aceptaron ni la sentencia del TC ni el texto salido del **Congreso de los Diputados de España**, por lo que difícilmente iba a detenerse el problema ahí. Mucho más cuando hoy existe ya un amplio consenso en señalar como inicio de la fase final del proceso que ha desembocado en la situación actual el momento en que la antigua CiU se da cuenta de que la mejor forma de enfrentarse a quienes protestan por la crisis económica, entre los que se encuentran los independentistas radicales es, precisamente, unirse a éstos.

Desde ese momento, junio de 2011, cuando los manifestantes del 15M cercan el **Parlament**, y a lo largo de un año, hasta la “**Diada**” de 2012, se produce el giro de los hasta ese momento nacionalistas moderados y, como premio, la compleja coalición de antisistemas, izquierdistas y movimientos sociales, deriva todas las acciones de protesta de la **Generalitat**, que recortaba tanto como el **gobierno de España**, a éste último y se inicia la escalada que ahora invade **Cataluña**.

Desde entonces, se han convertido en mantras (se dicen y no hace falta demostrar que sean verdad para pasarlas como tales) expresiones como *España nos odia*, el *maltrato*, la *falta de respeto* y la *humillación* hacia los catalanes y una expresión que ya se vende menos pero que sigue en el subconsciente, como el *“España nos roba”*, transformada, cuando el catalán José Borrell demostró su falsedad, en *“seremos más ricos sin España”*.

Claro que para que ese giro calara bien en la sociedad fue importante la actitud mantenida por los socialistas catalanes, **siempre rápidos en la atribución de las cargas al PP y** (aunque eso supusiera crear problemas al PSOE) **al Tribunal Constitucional**, pese a que la sentencia del Estatut había tenido como núcleo redactor a la minoría progresista de ese tribunal, que consiguió sumar a su postura menos proclive a recortarlo a un centrista como el sevillano **Guillermo Jiménez** para conseguir la mayoría. Desde la convocatoria de la manifestación contra la sentencia por parte del presidente **Montilla (del PSC)** hasta el olvido de los desaires de ERC en el tripartito catalán (manifestaciones en las que ya se exhibió el lema *“Som una nació”* o se gritaba *“Adiós España”* y otras consignas que luego se generalizaron más), alguna bufonada del entonces dirigente de ERC **Carod Rovira** (¿se acuerdan de la corona de espinas?), hasta desembocar en el apoyo al *“derecho a decidir”*, cuestión que empezó a sangrar al PSC del voto de los catalanes de pocos apellidos, al tiempo que los nacionalistas, como **Montserrat Tura** o el hermano del expresident **Maragall**, no quedaban contentos porque lo que querían era más.

La generalización de receptores y motivadores de esas quejas (todos los catalanes y todos los españoles, respectivamente) fue una historia de éxito; se recurrió a todo lo que hiciera falta: políticamente, la sentencia del **Estatut** y la no aceptación de su exigencia de **concerto fiscal**; en términos más genéricos, los estereotipos más populacheros que existen en este país. No puede ocultarse que en una buena parte de **España** existe un déficit de tolerancia que se muestra en esos estereotipos y en los comportamientos y que éstos se han cebado con algunos catalanes (**Piqué**, las protestas al valenciano **Raimon** cuando cantó en catalán en el homenaje a **Miguel Ángel Blanco...**) pero ¿puede hacerse con el cariño y la admiración que despiertan **Mireia Belmonte**, los **Gassol**, **Serrat**, **Rosa María Sardá**, **Marc Márquez**, **Juan Marsé**, **Purito Rodríguez**, **Lluís Llach** hasta su entrada en política...? Es, además, bastante posible, que ese déficit sea mayor en partes de España donde el impropio, el mal gusto y un cierto talante chulesco tienen más campo de expresión, pero ¿es generalizable?

¿Olvidan los quejosos lo que han dicho muchos catalanes significativos (**Ferrusola**, **Barrera**, **Durán Lleida** y otros...) de andaluces y extremeños que *pasaban el día en los bares* o que *vivían de los sacrificios de los catalanes*. Por cierto, ahora resulta que los pensionistas catalanes son 200.000 más que los andaluces, cuando la población de la primera comunidad es de un millón menos que la de la segunda, y tienen una pensión media de 950 euros, cuando en el conjunto de España supera por poco los 700.

Y, sobre todo ¿desde cuándo éstos comportamientos se han hecho más amplios sino desde la extensión y, sobre todo, **desde el uso político de las quejas**? ¿Todo es por la palabra nación en el Estatut? ¿Y qué decir del idioma? Como todo el mundo sabe, no ha habido ninguna época de la historia de este país en la que el uso del catalán haya alcanzado tanta extensión como ahora, se le haya promovido y hasta **se le haya hecho obligatorio** por encima del deseo de los ciudadanos, lo que (es otro debate) parece una exageración, una discriminación y un fomento de la “babel” bíblica poco funcional. A veces pienso que esas quejas se parecen mucho a la gran **preocupación que muchas personas sienten “por lo suyo”, muy por encima que “por lo de todos”**.

Lo que también es evidente es que su victimismo ha calado mucho más que las quejas de los demás españoles sobre lo que viene ocurriendo desde hace años alrededor de este tema. **John Carlin**, un periodista inglés bastante ponderado, también ha escuchado las quejas del maltrato y la humillación y no ha tenido respuesta adecuada a quiénes se las han hecho. Ni siquiera pudo decirles que en ninguna de las ocasiones que se ha votado en clave nacionalista (el referéndum del **Estatut**, la consulta del 9N-2014 y las elecciones plebiscitarias de 27S-2015) hubo mayoría de votos independentistas. Tampoco en la última ocasión, la de junio del año pasado.

A mí me sorprende muchísimo que, ninguno de esos quejosos, tan proclives a poner énfasis cuando hablan de **España** en las desventuras de los afectados por la crisis económica, no diga una sola palabra de los centenares de miles de ciudadanos catalanes de pocos apellidos, generalmente trabajadores descendientes de antiguos emigrantes o emigrantes ellos mismos (incluyendo aquí a los sudamericanos, subsaharianos, norteafricanos... que forman los últimos contingentes de llegados a **Cataluña**), con ingresos más bajos, que también hablan de “maltrato”, de acoso, **de dejación de la Administración catalana hacia ellos y sus sentimientos**; es ese un tema que, como éstos colectivos carecen de organización y peso en la sociedad catalana, no está en el relato y a quién no tiene relato, ya se sabe lo que le pasa en estos tiempos. Por algo será que **estos ciudadanos**, como ha constatado el instituto de opinión del mismo **Govern**, coinciden en ser **los menos entusiastas de la independencia**.

¿Y no sería cosa que preguntarse si esa diversidad de orígenes de la población de **Cataluña**, posiblemente mayor que de la de **España**, no merecería que se hablase menos de la “identidad” y más de la ciudadanía a la hora de buscar una forma racional de afrontar la **organización social y política de España y del Estado**, desde la igualdad de todos en derechos y deberes?

Ahora somos muchos los que hablamos de que se han roto los puentes, pero muy pocos recuerdan el lema “**lo que nos une**”, de un partido creado hace diez años, **UPyD**, que trató de tender esos puentes entre los ciudadanos de territorios que, desde hace 500 años, estamos transitando de uno al otro sin problemas; claro que la aparición de ese

partido sentó a algunos tan mal que **le montaban boicot allá donde podían (Iglesias en la Facultad de Políticas de Madrid, los nacionalistas en sus territorios...)** o le ningunearon, como muchos de los periodistas estrella que ahora se quejan de que no se oyen sus llamadas a la construcción de puentes. O peor, le llamaban nacionalista español, un insulto en el clima tan enrarecido que se ha cultivado en este país. Por cierto, hace unos meses en una entrevista periodística, **Íñigo Errejón**, líder ideológico defenestrado de **Podemos** (ahora el que marca la ruta debe ser **Monedero**) afirmó que deberíamos de reforzar más en la ciudadanía el concepto de **España** como país de todos; no sé cómo puede ser eso compatible con el apoyo a quiénes pretenden abandonar el proyecto común. Igualmente, es difícil la compatibilización de esa idea con algo que ahora muchos encuentran también en el origen del problema: la educación en **Cataluña** (y posiblemente también en muchas otras comunidades) se ha dotado de un sustrato localista que, y esto es realmente lo perverso, en ocasiones reafirma la identidad propia en contra de los desarrollos culturales colectivos que pudieran unir a los originalmente andaluces, cántabros, leoneses, manchegos... o catalanes.

En clave más política, también es frecuente encontrar ahora analistas que se retrotraen a unos cuantos años antes para ver las causas del momento presente. En un reciente artículo, **Lluís Bassets**, analista de **EL PAÍS** también bastante ponderado, confesaba que un dirigente de la entonces CiU le decía, al inicio del proceso de cambio de postura de ese partido al que antes me he referido, que no iban a llegar a la situación a la que han llegado y él se preguntaba si le engañaba entonces o es que el otro no sabía el final del camino emprendido. Hubo quiénes vieron claro entonces que ese camino llegaba a la **ruptura con España y a la escisión social en Cataluña**, pero en aquellos momentos tampoco se sintieron muy bien acogidos por los líderes de opinión...¿Podría decir maltrató?.

Como han visto, el pasado al que recorro en este primer artículo de la serie es relativamente reciente. No quiero entrar en otros momentos ("**agua pasada no mueve molino**") que se han recordado en los últimos meses enfebrecidos de conflicto abierto pero aún no (afortunadamente, aunque algo ha habido también) sangrante. Solo citar las **dos proclamaciones de la República Catalana** durante los años ilusionantes y convulsos de la **II República Española**, el intento de independencia en los últimos meses de la **Guerra Incivil**, el intento de colar el derecho a la autodeterminación en la **Constitución de 1978** (aunque lo hiciera el vasco Letamendía, tanto el catalanismo moderado como el socialismo catalán evitaron votar en contra como sí lo hizo el comunista **Solé Tura**, tío por cierto de la **Tura** del comienzo de este texto) y la cooperación en el "**hacer nació**" de las tres izquierdas catalanas, ERC, PSC y PSUC, durante el largo gobierno de **Pujol**, cooperación que ha servido para encontrarse con la deslealtad de estos años pasados, pero, sobre todo, con la del tiempo presente que será el objeto del segundo artículo.

MARTÍN RÍSQUEZ